

gourmet, me apresuro á reconocer mi falta de autoridad, curándome en salud para que no lluevan sobre mí sartenes y asadores, perolas y cacerolas.

Verdad es que si llovieran sería de seguro por la impericia de mi pluma y no por la maldad de mi intención, que se reduce á defender la independencia respectiva de la cocina y del comedor contra ajenas y temibles influencias que amenazan convertir la mesa de trinchar en mostrador de farmacia, las pacíficas ollas en narigudas alquitaras de laboratorio, y el ventanillo de la cocina en verdadero «ojo de boticario.»

Si señores; hora es ya de decirlo (y hora es también de abandonar el tono doctrinal); la cocina y el comedor rinden hace tiempo parias á la terapéutica, no se si por debilidad de nuestros cocineros ó por enfermedad de nuestros estómagos.

Empiezan á desterrarse los servilleteros que ya no sirven para indicar el puesto de cada cual.

Dicha función la desempeñan ahora los frascos, las cajas de píldoras, las botellas de agua mineral que colocadas junto á un cubierto son el mejor señuelo para el huésped y una advertencia para sus compañeros que exclaman al sentarse á la mesa:

—¡Hola! Ese señor calvo de ahí enfrente padece del estómago, ó del hígado, ó del aparato respiratorio.

Donde menos se piensa salta una botella de agua de Seltz.

Para el niño su aceite de hígado de bacalao, para la niña, sus preparados ferruginosos, para la mamá, su botella del balneario A ó B, para el pater de familia, sus paletadas de bicarbonato.

Cada cual tiene, como Sancho en la Insula, un doctor Tirteafuera que figonea los platos y aparta con su varilla los manjares.

Aquel era un doctor de carne y hueso, este es un doctor simbólico, metido, como el marqués de Sade á la *table d'hôte* del consumidor.

—Muchachos ¡á bendecir la mesa!—decía el antiguo jefe de familia antes de meter en la soperá el cucharón de peltre.

Niños ¡á tomar los glóbulos!—exclaman ahora los cuidadosos padres, más preocupados con las escrófulas que con el apetito de los chiquitines.

Quien más, quien menos, todos pasamos la vida á tragos ó á cucharaditas.

El que no cuenta con una lamparilla de alcohol para arreglarse el menjurge ó el potingue que le sirve de desayuno, tiene que exponerarse con la cocinera y confesarle su debilidad orgánica.

—Desde que he llegado de fuera no hago más que pensar en V.

—¿De veras?

—Sí; hija, no lo tome V. á broma; tengo mi esperanza puesta por entero en V.

—¡Ya escampa!

—Me dá mucha vergüenza, pero voy á confesarle el estado de mi corazón...

—Pero, oiga, V. señorito, á sus años ¿vá V. á hacerme el amor?

—Mujer, ¡si no se trata de eso!

—Pues ¿de que se trata?

—De que padezco una enfermedad cardíaca que exige un régimen alimenticio especial. Necesito dos pucheros para mí solo.

Acuérdate de separarlos ó soy hombre perdido.

—No llore V. más, señorito, que yo me acordaré todos los días de los pucheros de V.

La hora de comer, es la hora de las confesiones.

Uno mezcla el vino con agua carbónica, para que no se le vuelve vinagre en el estómago; á otro le sirven el arroz con leche y con grajea de arsénico, el de más allá, previsto de un cuentagotas, rocía todos los manjares con tinta de marcar, como quien pone el marchamo á las mercancías, para que lleguen con bien á su destino.

—Dispense V. la oficiosidad, caballero—decir-

mos en la fonda—pero creo que el abuso de la mostaza no puede sentar bien á la edad de V.

—¡Si yo no abuso!—dice sonriendo el interpe-

lado.

—¿Cómo que nó? Ya van tres frascos y estamos á mitad de comida.

—Es que esto no es lo que V. se figura, lo que yo tomo es un unguento que me han recetado para la bilis; sino que para disimular los pongo en los frascos de la mostaza inglesa.

El mozo de comedor en las fondas y la sirvienta que pone la mesa en las casas particulares, son los encargados de colocar junto á cada cubierto la cajita milagrosa ó el específico salvador.

—¿Que es eso, Pepe? ¿Me han cambiado de sitio?

—No señor; está V. donde siempre.

—¿Cómo veo allá mis píldoras!

—No son las de V., son las de un caballero que ha venido nuevo, ¿ó se figura V. que en el mundo no padece nadie más que V.?

La moderna sirvienta necesita una memoria privilegiada.

Antes de traer la sopera tiene de acordarse de la cucharada del niño, de los papeles de la señorita y del bolo del señor mayor. Con estas precauciones, vamos viviendo.

—¿Cómo va ese estómago, D. José?

—Medianamente; gracias á la dieta lactea voy tirando.

—Dicen que eso es muy bueno.

—¿Las dietas? ¡y qué lo diga V.! Si no por ellas yo no me podría sostenerme.

—¿Es V. dispéptico?

—No señor; soy diputado provincial.

Tal como están los estómagos, una buena cocinera no se paga con nada.

Porque la que sabe su obligación ha de estar con un ojo en la hornilla y con el otro en la idiosincracia de los señoritos.

A veces cada cual tiene su puchero aparte y es más difícil manejar una batería de cocina que cuatro baterías á caballo.

—Aquí ¿sabe V.?—le dicen á la cocinera—cada uno comemos el bisté de nuestro modo. Yo lo quiero en su punto; mi marido que eche sangre; mi cuñado que esté hecho carbón; mi yerno que lo hagan pedacitos.

Desengañémonos.

De este conturbenio entre el arte culinario y el arte de recetar no puede salir cosa buena.

Luis Rayo y Villanova.

(Prohibida la reproducción.)

De donde se derivan los nombres de Carnaval y Carnestolendas.

Covarrubias dice que «Carnestolendas quiere decir abstinencia de carnes, y á esta causa añade, se corren entonces los gallos que son muy lascivos, para significar la lujuria, que debe ser reprimida en todo tiempo, y especialmente en la Cuaresma:» conforme lo que el profeta Joel dice en el Cap. 2: «Salga de su cama el esposo y la esposa de su tálamo.»

La verdadera etimología del nombre Carnaval es muy incierta. Menage dice, que viene del italiano *carnavale*. Du-Cange le deriva de *carná-val*, porque entonces la carne se va para dar lugar á las privaciones de la Cuaresma. En corroboración añade, que en la baja latinidad se decía, *carnelevamen*, *carnis privium*. Quieren otros que venga del latín *caro*, *vale*; esto es, á Dios carne; así como el nombre *carnestolendas* del verbo latino *tollo*, quitar y carnes, es decir quitar las carnes.

En cuanto el origen del Carnaval no es fácil tampoco determinarlo, bien que todo induce á creer que es una reminiscencia del paganismo.

Los *cherubs* de los egipcios que se celebran en septiembre y las fiestas en honor del buey Apis; la del *Phurim* ó de las suertes de los judíos, dos

días de fiesta instituidos para recordar cuando el malvado Amán hubo echado la suerte ó resuelto exterminar á los judíos, en las cuales prorumpían durante ella en imprecaciones contra Amán y su esposa, y en bendiciones á favor de Mardoqueo y Ester y en alabanzas á Dios; las bacanales de los griegos, que se solemnizaban en el solsticio del invierno; las saturnales de los romanos celebradas en diciembre; las lupercales en febrero, y las mismas ú otras parecidas á estas celebradas con diferentes nombres, durante la edad media, no eran más que nuestro carnaval, ó mejor dicho, unos días de solaz que todos los pueblos han tenido en cada año, y que solían preceder en muchos al período de abstinencia, que la religión ó la higiene pública habían señalado.

Desde la más remota antigüedad han acostumbrado los pueblos disfrazarse de una ú otra manera, ya con el traje de otro sexo, como vemos en el Deuteronomio, en donde el legislador hebreo se vió precisado á prevenir que: «La mujer no se vista de hombre, ni el hombre de mujer, por ser abominable delante de Dios quien tal hiciere:» seguramente, que por los desórdenes que nacen de tales disfraces; ya también con la figura de algunos animales, y de esta manera recorrer las calles y campos cometiendo algunos desmanes, contra cuya costumbre escribió particularmente San Paciano, obispo de Barcelona.

Todos los pueblos, pues, han celebrado este período con diversiones más ó menos extrepitosas, y particularmente con bailes, máscaras y disfraces, y en esta parte los españoles no nos hemos diferenciado de las otras naciones. Tanto en el período romano, como en el de los godos y en el de los árabes, no fueron extrañas á nuestros ascendientes estas diversiones.

Continuaron luego éstas, y sin duda con algunos excesos, cuando los reyes don Carlos I y doña Juana se vieron precisados á prohibirlas desde Valladolid en 1523. «Porque del traer de las máscaras resultan grandes males, y se disimulan con ellas y encubren, dice la prohibición, mandamos que no haya enmascarados en el reino, ni vaya con ellas ninguna persona disfrazada, ni desconocida; so pena que el que las truxere de día y se disfrazare con ellas, si fuera persona vaxa, le den cien azotes públicamente, y si fuera persona noble ó honrada, la destierren de la ciudad y villa ó lugar donde la truxo, por seis meses, y si fuere de noche, sea la pena doblada; y que así lo ejecuten los nuestros jueces, so pena de perdimento de sus oficios.»

Para juzgar del poco efecto de estas prohibiciones no hay más que leer á Calderón, Moreto y otros escritores dramáticos de aquellos tiempos, y de cuyas producciones se hace varias veces referencia á lances de máscaras y de Carnaval.

Sin embargo, cada distrito de la península se distinguía á su manera con su género especial de diversiones, particularmente los catalanes; costumbre que hasta cierto punto han continuado, bien que en gran decadencia, hasta nuestros días.

Madrid, desde que pasó á ser capital de la monarquía y por consiguiente residencia de la corte, ha tenido también sus carnavales, bien que con ciertos intervalos.

El reinado de Felipe IV recuerda el alegre Carnaval de 1637 con motivo de haber sido elegido rey de romanos su cuñado el rey de Hungría, y cuya magnífica descripción no repetimos porque se halla en varios libros.

El otro Felipe que le sucedió opinó de otra manera, y lejos de fomentar las diversiones del Carnaval, prohibió con fecha 26 de Enero de 1716 los bailes de máscaras é impuso penas crecidas á los contraventores, cuyas disposiciones reprodujo desde el Pardo en 27 de Febrero de 1745.

Carlos III toleró desde el principio de su reinado las máscaras y diversiones del Carnaval, hasta que en 1767 se introdujeron los bailes de máscaras en los teatros, que con más ó menos latitud han continuado hasta nuestros días, particularmente en Barcelona.